

El escritor como modelo moral: Juan Gil-Albert

Vicente Gallego

Hay escritores que no van más allá de sus propios textos, en esos casos tampoco nuestra admiración llega más allá de su obra, pero existen otros, los menos, cuya personalidad es inseparable de sus escritos porque han creado con su vida una figura de perfiles concretos, un modelo moral. Antonio Machado o Luis Cernuda serían buenos exponentes de este último caso. Otro ejemplo ilustre habita muy cerca de nosotros: Juan Gil-Albert.

Para quienes comenzamos ahora esta andadura a menudo inhóspita que es el destino de las letras, el nombre de Gil-Albert representa una y muchas cosas. Es, primero, la felicidad hallada en tardes de lectura adolescente y nómima, y pasa a ser, enseguida, el morador elegante de las fotos de época, retratos de un muchacho de rostro afilado y perfil noble al que acompañan en ocasiones Manuel Altolaguirre, Rosa Chacel, Ramón Gaya o Gil de Biedma, retratos de un muchacho que va envejeciendo con gran dignidad en las últimas fotos de los libros homenaje a través de los que pudimos empezar a conocerle un poco. Más tarde, no resultó difícil contrastar nuestra imagen de papel en cualquier acto literario, desde nuestro anonimato espectador observamos sus trajes cruzados de franela gris, sus corbatas hermosas y atrevidas, ahuecadas siempre por la sujeción de una perla a la altura exacta, sus camisas rosadas o amarillas, las

cuidadas manos, la firmeza en la voz y la elegancia del gesto, y al acercarnos un día, vencidos el primer respeto y la vergüenza, fuimos tratados como iguales, con una cordialidad infrecuente y entrañable que ya no olvidaríamos.

Gil-Albert ha creado un mundo propio e inagotable, un mundo de referencias literarias con mitos y autores (Wilde, Miró) personalizados en su particular lectura, un mundo de gestos: su exilio interior, su participación activa en el primer Congreso Internacional de Escritores en defensa de la Cultura, su decisión de comprar un foulard de seda con el dinero que un amigo le dejó en los años duros del exilio para que pudiera cubrirse con un funcional abrigo, o su fidelidad inquebrantable a la ociosidad creadora, a su destino de escribir el mundo, ese mundo al que ha aportado temas inconfundibles: el lujo, la ilustre pobreza, el placer de la siesta, la emoción de la música, la belleza breve de las lilas y, en definitiva, la adaptación de un paganismo, como diría Rubén, muy antiguo y muy moderno.

Juan ha sabido ser cosmopolita sin perder sus raíces, haciendo de ellas patrimonio del mundo, se ha atrevido a escribir, analizándola y valorándola, sobre su «manera de ser», cuando sobre esa manera de ser no podía describirse. Ha intentado construir con sus pasos una obra de arte.

El tiempo, a buen seguro, nos convertirá en la sana envidia de otros jóvenes por el mero hecho de ser contemporáneo de este hombre, de haber escuchado poemas de sus labios y estrechar su mano fugazmente, la mano de una de esas pocas criaturas afortunadas a las que, como él mismo escribe en uno de sus poemas más emotivos, «Nada puede impedir que ya en su día / ante el supremo juez, cuando «su» turno / digan haber llegado, se pronuncie / con insolencia: sí», vida y obra se habrán cumplido.